

MARIO ALESSANDRO CURLETTTO

Fútbol y poder en la URSS de Stalin

Traducción
de Alfonso Zuriaga

Prólogo
de Carlos Taibo

CARLOS TAIBO

Prólogo



En más de una ocasión he subrayado que a menudo sucede que es la historia de gentes que están, al menos a primera vista, lejos del poder y de la fama la que arroja más luz sobre el sentido de fondo de los hechos que se nos antojan de relieve, sobre todo en los momentos convulsos. Ciertamente es que la historia que se cuenta en el libro que el lector tiene entre sus manos no se ajusta puntillosamente a esa exigencia. Y es que, al fin y al cabo, su protagonista, Nikolái Stárostin, fue un deportista tan conocido como celebrado. Aun con ello, y sin embargo, me parece que la peripecia de la vida de Stárostin en los años duros del estalinismo da cuenta de manera convincente de lo que ocurría, lejos de los cenáculos de poder, en hogares y fábricas, en la sociedad soviética de aquellos años. Si tengo que enunciar lo anterior de otra manera, diré que, siendo evidente que este libro no afronta de forma puntillosa ni ordenada la historia de la URSS en unas décadas cruciales —no hay en él quintales de trigo ni reuniones del Comité Central del partido ni desfiles del Ejército Rojo—,

sus páginas ofrecen un retrato muy singular, y muy vivo, de las grandezas y de las miserias de una etapa que ha sido encarada, a menudo sin éxito, desde las perspectivas más dispares.

Debo poner sobre aviso al lector, en otro terreno, de que no va a encontrar en esta obra una historia del que acaso ha sido, durante mucho tiempo, el más genuinamente popular de los equipos de fútbol soviéticos, primero, y rusos, después: el Spartak moscovita. Esta es, antes bien, la historia de los hermanos Stárostin, y en particular la del más connotado de ellos, el ya mencionado Nikolái. Como pronto podrá apreciarse, no falta en estas páginas el relato épico de los comienzos de un club que, a diferencia de otros, no surgió de las instancias de poder. Se topará el lector, por el contrario, con el empeño de un grupo de amigos que dedicaron tiempo y recursos a la tarea, bien es cierto que con apoyo en el Komsomol, en las juventudes del Partido Comunista. Y encontrará también, por cierto, los problemas que el fútbol, un deporte de entusiasmos y violencias a menudo desbocados, planteaba a las autoridades soviéticas en la década de 1920.

Pero, si lo que acabo de señalar forma parte de una historia común a muchos equipos de fútbol en muchas latitudes, no puede escapársenos el relieve de los ingentes tributos que hubieron de pagar tantos ciudadanos soviéticos, y entre ellos los Stárostin, en las décadas de 1930, 1940 y 1950. Piénsese, por ejemplo, y me ciño ahora al mundo del fútbol y de sus reglas, en la obligación, insorteable, de derrotar a equipos extranjeros, modelada sobre la base de las obsesiones de un sinfín de burócratas temerosos de los caprichos despiadados de quienes tenían por encima. La presión derivada de la necesidad de representar al país en un régimen tan represivo como irracional queda bien retratada al amparo del tenso viaje que los jugadores del Spartak hubieron de realizar a París en 1936 para enfrentarse al Racing

local o del polémico encuentro disputado contra una selección de jugadores vascos en 1937.

No está de más que rescate, con la misma vocación, la rivalidad del Spartak con el Dinamo moscovita, que trascendía lo meramente deportivo, con la trastienda de una confrontación paralela del primero con la NKVD, la policía secreta, y, más allá de esta, con los intentos de manipulación de resultados que habría protagonizado —según se explica en este libro— el propio Beria. En un escenario marcado por un temor al enfado de los de arriba, que infelizmente no podía ser calificado de patológico, menudean historias que invitan a soltar la imaginación. Ahí están, para certificarlo, el partido organizado por el Spartak, en presencia de Stalin, en la Plaza Roja de Moscú; el amistoso disputado en Stalingrado para conmemorar la liberación de la ciudad, o la presencia del fútbol en la vida cotidiana de los gulags siberianos.

Por pintorescas y emotivas que puedan ser esas historias, lo suyo es que las vincule con el peso ingente de una represión que despuntaba por todas partes. De ella dan testimonio, por ejemplo, y en el caso de los hermanos Stárostin, acusaciones muy singulares, que a duras penas eran imaginables en el caso de ciudadanos soviéticos comunes. Retendré entre ellas la de complacencia con el modo de vida burgués y la del cobro, por parte de los jugadores, de sumas de dinero, por modestas que estas fuesen. En el caso de Nikolái, y tal y como recuerda Curletto, bien pudo darse con un canto en los dientes al certificar que le había tocado en suerte una condena de *solo* diez años de campo de trabajo. Al igual que en tantos otros casos, el calvario de nuestro héroe no terminó, sin embargo, con la excarcelación, sino que prosiguió al amparo de restricciones e incertidumbres que duraron, en los hechos, hasta 1955. Y que lo hicieron merced a penas y destierros compartidos, en la distancia, con los hermanos. Para

que nada faltase, y de la mano de una historia de resabios literarios, la vida de Nikolái Stárostin se cruzó, como se verá, con la de Vasili, el hijo de Stalin, entregado a un permanente forcejeo con otros poderes que de nuevo se antoja un retrato fidedigno de lo que sucedía, con caprichos y contradicciones de por medio, en la elite dirigente en la Unión Soviética. Si así se quiere, la capacidad que este libro arrastra en lo que hace al retrato de grandes flujos históricos se cierra de la mano de un episodio más de la peripecia de los Stárostin: la estabilidad y la tranquilidad que finalmente ganaron tras la muerte de Stalin, con Jruschov, y, también, y bien es verdad que con otros caracteres, con Brézhnev, sin que el terror de masas, por fortuna, reapareciese.

Se dispone el lector a hincarle el diente a la historia de un deportista al que el fútbol encumbró, luego condenó y a la postre acabó salvando. Me da que pocos relatos similares puede ofrecer un deporte que ha acogido en su seno todas las grandezas y todas las miserias.

CARLOS TAIBO

I. Presnya

Presnya es hoy un céntrico barrio de Moscú, ubicado cerca de la sede del Gobierno federal, la Casa Blanca de Rusia, que vivió momentos de angustiosa popularidad mediática a nivel mundial a principios de los años noventa, durante los convulsos días en los que se decidió el destino político e institucional de la Unión Soviética primero y de Rusia después.¹ Su aspecto actual, con un zoo (su única y modesta atracción turística) asediado por salas de exposición e inmensas vías de circulación teóricamente rápidas, hace casi imposible encontrar huellas de su antiguo y glorioso pasado obrero. Y, sin embargo, las primeras fábricas se habían establecido ya a finales del siglo XVIII, y a principios del siglo XX Presnya (que debe su nombre a un pequeño río hoy canalizado y cubierto) contaba con más de 70 establecimientos industriales y más de 135.000 habitantes. En general, las familias eran numerosas, y los jóvenes que todavía no alcanzaban la edad para trabajar pasaban la mayor parte de su tiempo en la calle, donde a diario se organizaban peleas.

Esta práctica cotidiana adquiría formas rituales y solemnes durante los domingos de invierno, en los que, sobre una Moscú helada —allí donde hoy se alzan el Hotel Ucrania, en la orilla derecha, y la ya mencionada Casa Blanca, en la izquierda—, se daban cita un centenar de luchadores de Presnya y otros tantos del barrio adyacente de Dorogomilov. Normalmente las hostilidades se iniciaban alrededor de las diez de la mañana y duraban hasta bien entrada la tarde. Pese a su apariencia de batalla campal, en realidad se respetaban tácitamente (bajo pena de marginación deshonrosa) una serie de reglas precisas: luchar siempre uno contra uno, golpear solo con las manos (cubiertas con guantes) y nunca bajo la cintura, no cebarse con un adversario tendido en el suelo y no perseguirlo en caso de que se retirara hacia su «propia» orilla del río, reconociéndose así derrotado. Además, los abrigos y chaquetones pesados (desabrochados para facilitar los movimientos de los combatientes) y los gorros con orejeras, bien ajustados sobre la frente, atenuaban las consecuencias de los golpes recibidos. Los primeros en batirse eran los escolares de diez a doce años, seguidos por los adolescentes y luego por los mayores, en un *crescendo* de edad y *pathos*. En el momento álgido, normalmente sobre las tres o las cuatro de la tarde, cuando ya se enfrentaban hombres hechos y derechos —por norma general jóvenes obreros de las fábricas—, se reunían en las dos orillas miles de espectadores: algunos, simples curiosos; otros, auténticos apasionados de ese tipo de espectáculo. Los luchadores adultos eran solo unos veinte por facción, de forma que el público era capaz de seguir los duelos que se desarrollaban simultáneamente en la pista de hielo, separados por solo cinco o seis metros los unos de los otros. Por supuesto, cada barrio tenía sus propios campeones, idolatrados por toda la población juvenil.²

En estas batallas solían participar los tres hermanos Stáros-tin: Nikolái, Aleksandr y Andréi, nacidos en 1902, 1903 y 1906

respectivamente. Un cuarto, Piotr, se quedaba al margen por ser todavía demasiado joven: había nacido en 1909. Los cuatro hermanos Stárostin, así como sus dos hermanas, Klavdiya y Vera, habían nacido y vivían en Presnya, pero en el barrio representaban, en cierto modo, una excepción sociológica, puesto que no pertenecían a una familia obrera. Por otra parte, tampoco eran hijos de propietarios: eran hijos de Piotr Ivanovich Stárostin, cazador profesional de los terrenos imperiales, y de Aleksandra Stepanovna Sacharova, ama de casa. Vivían en el Bastión Presnensky, una casita de madera propiedad de la Sociedad Moscovita de la Caza dedicada al emperador Alejandro II. En esta humilde residencia también vivía, con su mujer y su único hijo, Dmitri Ivanovich Stárostin, cazador de la misma sociedad a la que pertenecía su hermano. Cada familia tenía a su disposición dos habitaciones, pero compartían la cocina. Originarios de la provincia de Pskov (en el noroeste de Rusia), los Stárostin eran cazadores desde hacía varias generaciones y viejos creyentes desde hacía siglos, gente acostumbrada a acatar reglas severas como la renuncia total al alcohol, al tabaco y a todo género de obscenidades verbales. Para ellos, cazar desde el alba hasta el atardecer con sus perros, con los que recorrían unos treinta kilómetros entre bosques y cenagales, representaba su rutina diaria.

Crecer en este ambiente patriarcal y arcaico sin duda tuvo que influir en la personalidad de los hijos ya a partir del primogénito Nikolái, quien, desde su adolescencia, había manifestado una tendencia a orientar su irrefrenable pasión por la actividad física y la competición hacia pasatiempos menos tradicionales y «nobles» que la caza. Se interesaba por todas las incipientes disciplinas deportivas en las que tenía posibilidad de involucrarse: carreras, patinaje sobre hielo, *hockey* y fútbol, además, naturalmente, de las ya citadas riñas callejeras, de cuya experiencia sacó gran partido cuando comenzó a practicar boxeo; su fortaleza en el *ring*

lo convirtió en 1920, y con solo dieciocho años, en campeón juvenil de la ciudad de Moscú en la categoría de semipesados.

Para los jóvenes de Presnya, la única alternativa válida a las «batallas caballerescas» de aquel tiempo la constituyó el fútbol. De hecho, en los primeros años postrevolucionarios acabó sustituyéndolas por completo.